

Joaquín Costa en el archivo de Santiago Alba

Por

JAIME ALBA DELIBES

Joaquín Costa en el Archivo de Santiago Alba, es el tema que acepté —honradísimo— desarrollar a invitación de nuestro querido Presidente, y antiguo alumno, compañero y amigo, ya de nuestros años juveniles en la Institución Juan González Uña. Quiere ello decir que el epistolario, las cartas entre Costa y Alba que voy a leer, se encuentran entre lo que fue dicho archivo.

El horrible frío de aquellos horribles inviernos 1936-39 obligó a quienes se refugiaron en la que había sido oficina o bufete de mi padre a quemar en la chimenea, presidida por un retrato de Segismundo Moret, prácticamente todo el archivo profesional y una parte menor del epistolario político; restos que sus hijos acabamos de donar a la Academia de la Historia, donde están también los del admirable fundador de esta casa, don Francisco Giner de los Ríos, y algunas otras personalidades, contemporáneas de ambos, en la vida pública española.

En este momento está trabajando ya sobre la documentación conservada uno de los catedráticos de Historia Contemporánea de Madrid, Javier Tusell, y, sobre otro tema, Carlos Serrano, autor con Jacques Maurice de un libro, *Joaquín Costa: crisis de la Restauración y populismo*. El profesor Jorge J. G. Cheyne dirigió la selección del epistolario entre don Francisco Giner y Costa, publicado bajo el título *El Don de Consejo* el pasado año. Muchos de los que estáis hoy aquí recordaréis su inteligente intervención la última primavera en esta aula. Del *Don de Consejo* utilizaré hoy una epístola donde cítase a mi padre y las Cámaras de Comercio, antecedente de la Unión Nacional, que es donde vinieron a coincidir Costa y Alba y alrededor de la cual se trabó la relación personal entre ambos, con un fondo de admiración recíproca —Costa tenía cincuenta y cuatro años; Alba, veintiséis—, pese a divergencias finales que llevaron a

Costa a separarse de la Unión Nacional, antes que Paraíso y mi padre autoproclamaran su definitiva disolución.

Fuera de un contexto cronológico, yo voy a leerla primero ya aquí, y ofrecerla a modo de introducción a este trabajo. Dice así la carta de don Francisco:

Querido C.:

Devuelvo a Vd. los documentos sobre las Cámaras de Comercio, reiterándole mil gracias por el trabajo que se tomó Vd. en revisarlo y su nota —como si no tuviera Vd. más que hacer que esto.

Ya creía recordar que, a excepción de lo que dijo en Zaragoza Alba —y que por cierto no consta en ninguna parte de libro—, todo lo de enseñanza era absolutamente insignificante...

Más tarde veremos cómo se pronunció Alba sobre el tema de la enseñanza y cómo fue fiel al compromiso regeneracionista en todos sus Ministerios y concretamente en Instrucción Pública.

Pero Giner en esta carta hace un vaticinio: *Hay que practicar por su lado, con hechos, la concordia.* Y añade: *Paraíso parece un hombre imposible; Vd. lo es por otros, bastante diferentes. Pero si esas dos imposibilidades no se surman (con lo cual para la acción práctica tal vez se compensarían) todo abortará...*

Efectivamente, abortó. También por previo desgajamiento de las provincias forales.

Utilizaré la biografía de Santiago Alba por M. García Venero, quien fue el primero a investigar en su archivo. Colaboró decisivamente en la tarea de ordenación del original de Venero un amigo y compañero nuestro, autor de dos libros insuperables, como captación del estilo y del ambiente institucionista, donde se describe magistralmente la figura de don Francisco Giner, por nuestro querido compañero Antonio Jiménez Landi. Conste aquí mi gratitud.

Para presentar los orígenes históricos de la Unión Nacional y situar dentro de aquéllos las cartas seleccionadas, no tendré otro remedio que leerlos previa y sucesivamente algunos párrafos de otros autores.

Citaré primero a Salvador de Madariaga, por el respeto y comprensión que siempre mostró a la memoria de mi padre y también por la generosa amistad, que luego había de derramar a borbotones sobre mi modesta persona, para agradecer todo lo cual no tendré nunca palabras bastantes. Salvador de Madariaga escribe sobre la

derrota y la generación del 98 y los movimientos de opinión en que plasmó aquélla:

La nación —escribe Madariaga en su «España»— había permanecido en la ignorancia, engañada sobre los acontecimientos; ni sabía la gravedad de la insurrección cubana, ni las gestiones importantes hechas en su nombre durante las negociaciones que precedieron a la ruptura, ni el estado de escandalosa desorganización..., ni las condiciones inauditas en que se echó a la mar la escuadra... cuando llegó la hora de la repatriación, los puertos españoles vieron llegar filas de fantasmas amarillos, desembarcando sin apenas poder sostenerse en pie; vio las islas perdidas, los barcos hundidos, los hombres comidos por la fiebre amarilla. Hubo una reacción sana, de intensidad oculta bajo una falsa calma. Este era el humor de la nación cuando llegaba a la madurez la generación del 98... El movimiento no fue, ni con mucho, cosa organizada. No fue ni siquiera movimiento. Fue actitud natural y espontánea que se manifestó en formas dependientes, como estaciones del año, más que como una serie inconexa de acontecimientos separados.

La llamada Unión Nacional, de la que nuestros Joaquín Costa y Santiago Alba iban a ser activos promotores, constituyó uno de ellos.

¿Cuáles fueron los antecedentes de la Unión Nacional? ¿A través de qué pasos vino Costa a incorporarse a ella? Citemos a Manuel Tuñón de Lara en su «Medio siglo de cultura española»: *Costa, ya desde 1892 había inspirado una agrupación profesional..., la Cámara Agrícola del Alto Aragón nacida, a su vez, de la Liga de Contribuyentes del Ribagorza. La Cámara presentó a Costa como candidato a diputado en 1896, y aunque no obtuvo el acta, ello le sirvió para elaborar un famoso Manifiesto en doce puntos, de neta impronta regeneracionista. Vino la derrota de 1898 y, lo que antes fuera inquietud de Costa y una minoría, ganó los ánimos de capas burguesas que se encontraban frustradas... La «revolución desde arriba», entraba bien en sus designios. La Cámara de Comercio de Zaragoza, presidida por hombre muy representativo de ese deseo burgués de renovación como era Basilio Paráiso, fue la primera en acoger la propuesta de Costa... Junto a ellos... el joven Santiago Alba, vinculado a los medios cerealísticos de Castilla, nutrido entonces de ideas regeneracionistas, que parecía llamado a capitanear un sector de la burguesía opuesto a la alianza aristocracia-alta burguesía... El hecho sus-*

cita esperanzas, por un lado; temores, por otro... Hay quienes quisieran hacer de la Liga un partido y luego de las Cámaras todo lo contrario de lo que entonces piensa Costa... Da la impresión de que partiendo del costismo se iba a un grupo de presión de la burguesía para hablarle fuerte al Poder. La Liga de productores elabora su programa, que no es otro que el Manifiesto costiano de 1896.

García Venero nos da otros detalles. Las citas son del Archivo Alba.

Costa, en 1898, al suceder la Rota marítima en Ultramar, dirigió otro manifiesto a los Sindicatos, Cámaras de Comercio, Gremios, Centros de Labradores y Círculos Industriales y comerciales. Postulaba una revolución incruenta desde el Poder. Un oscense, domiciliado en Zaragoza y presidente de aquella Cámara de Comercio, don Basilio Paraíso Lasus, recogió el sentido del manifiesto de Costa... y Basilio Paraíso convocó la primera Asamblea de Cámaras de Comercio en Zaragoza.

La Asamblea empezó en noviembre de 1898. Duró seis días y asistieron noventa delegados, entre ellos José María González Pérez, secretario de la de Madrid. Convino que las Cámaras, corporativamente, iniciaran un movimiento renovador, que en su espíritu se atenía a las líneas generales expuestas, previa y hasta entonces independientemente, por Joaquín Costa.

El capítulo dedicado a la *Instrucción Pública*, por encontrarnos en esta histórica aula, parece obligado citarlo literalmente: «Efectividad del precepto de la enseñanza elemental, gratuita y obligatoria, transformación de la Instrucción Pública en general, dándole un carácter positivo o práctico, creando escuelas de agricultura y de aplicación a las diferentes artes e industrias, y favoreciendo la actual carrera de Comercio, y alcanzando a evitar los abusos cometidos en materia de libros de texto.»

Basilio Paraíso fue elegido presidente. En principio quedaron nombrados cuatro secretarios, entre los cuales figuraban Alba y Rusiñol. Desde la retirada de los catalanes, Santiago Alba asumió el secretariado con carácter unipersonal.

La *Primera* Asamblea de Zaragoza terminó el 26 de noviembre, y el día 30 Paraíso, Alba y Rusiñol fueron recibidos por la Reina Regente. La entregaron un importante memorial —sigue escribiendo García Venero—, en que se concentraban por entonces sus aspiraciones: Mayor consideración y apoyo a la industria y al comercio; cercenamiento de los gastos superfluos o de menor urgencia hasta

llegar a los cien millones de economía, y, añade: «ahí se advertía la mano de Alba, prologuista y traductor de Desmolins, alumbramientos de fuentes de riqueza, renovación material y estímulos a la cultura y al civismo».

Joaquín Costa vio con simpatía el movimiento iniciado por las Cámaras de Comercio de Zaragoza, y lo consideró como coadyuvante a su propósito de convocar a toda clase de instituciones y sociedades relacionadas con la producción. Alba, Paraíso y sus compañeros visitaron al polígrafo, y en este punto comenzó la amistad de Costa y de Alba. El 29 de diciembre de 1898 le escribía Costa a mi padre:

... holgándome mucho de haber coincidido en lo sustancial con persona de tanto saber y experiencia y tan conocedor del Derecho y de la economía nacional como usted. En cuanto a encarnación o expresión orgánica del programa, quizá esté Vd. en lo cierto y andemos equivocados nosotros; no tengo la mayor confianza en mí mismo, unido esto a mi poca fe en la eficacia de cosa alguna, hará que (me) atempere sin violencia a lo que la mayoría de la Asamblea opine.

En definitiva consideró Costa que las Cámaras y todos los demás organismos a los que había requerido en su Manifiesto debían reunirse nuevamente en Zaragoza, presididos por él, bajo el patrocinio de la Cámara Agrícola del Alto Aragón. Y así convocó las Cámaras de Comercio y a toda suerte de entidades agrícolas, mercantiles e industriales, salvo a las entonces incipientes organizaciones obreras. En Valladolid, la Cámara nombró delegado a Santiago Alba. El resto de las Cámaras de España también le invistió con su representación. Fue ésta la llamada *Segunda Asamblea* de Zaragoza.

Previamente, el 13 de febrero de 1899, Costa había escrito a Alba:

Después de todo, amigo Alba está todo tan perdido, está tan perdida España, que no sé si queda ya algo por perder. Poca mella pueden hacer las divisiones allá donde, con unidad y sin ella, no se ve ninguna parte el remedio. Lo verdaderamente negro es esto. ¡De cuán gana me quedaría! Con mi aplauso y mi simpatía a su patriótica buena fe y a su lealtad para con España, para con el español (que es más que España y antes que ella) y para con los principios e ideas, me repito, mientras tengo el gusto de saludarle y ponerme a sus órdenes, muy afectísimo amigo y compañero, Joaquín Costa.

Ese mismo mes de febrero triunfó en la mencionada Segunda Asamblea de Zaragoza, ya convocada y presidida por Costa, el acuerdo de crear una Liga de productores que, con un programa mínimo, debía de influir en la dirección del Estado. En dicha Asamblea, «las discusiones debieron de ser un tanto caóticas» y Alba, representante de las Cámaras de Comercio, las puso en orden. Se deduce de la siguiente carta del 25 de febrero de 1899 de J. Costa:

Querido Alba: Bien llegado a su casa. Reciba un abrazo muy apretado con estas líneas. Voy dándome cuenta de lo pasado en esta semana de torbellino, y se destaca a mis ojos la parte principal de usted y la cantidad de corazón que ha puesto en el desenlace.

El cual, gracias principalmente a usted y a su patriotismo fervoroso, no ha sido un fracaso, aunque lo sea, lo que viene detrás...

Al sacar papeles de la maleta, corto las hojas de su «Introducción» o «Prólogo» al Desmolins y aparto el libro en la nueva maleta preparada para irme la semana próxima. He visto muchas cifras y me ha interesado; su lectura me será de gran provecho. Obligadísimo a usted por tan rico presente. Muy suyo, devoto, J. Costa.

En su prólogo a Desmolins Alba exclama indignado: «El régimen español no forma hombres... Ni el maestro en sus canturreos históricos, ni el Instituto en sus lecciones de memoria, nadie, nadie cultiva aquí al hombre, al ciudadano ennobleciendo sus sentimientos, dando robustez a su cuerpo y a su alma. Nuestra educación es incompleta y queda reducida a una superficial instrucción.» En dicho prólogo de Alba de 1899, el lector de hoy encontrará como una premonición de lo que sería el Instituto Escuela para el que hubo que esperar hasta 1918. Escuela e Instituto ya «sin exámenes anuales ni educación memorística, sino en convivencia moral e intelectual entre el que enseña y el que aprende. Alba exclama: «Moriremos nosotros sin conocer aquí espíritus generosos que ofrezcan a la Patria ese primer sacrificio ya intentado primeramente por don Francisco Giner de los Ríos y sus colegas».

«Al presentar el Gobierno Silvela los presupuestos, comenta Venero, suscitaron la protesta de quienes estimaban que cargaba el mayor peso sobre los trabajadores y los comerciantes e industriales medios. Las Cámaras de Comercio ordenaron un cierre general de protesta (26 de junio de 1899), que fue secundado con unanimidad.»

«Parecía que las oposiciones parlamentarias secundarían la acción de las Cámaras y Liga de Productores. Pero Alba *no* lo creyó.

Tenía contactos con los jefes de las oposiciones y muy singular con don Segismundo Moret —quien sería muy pronto su valedor en el liberalismo oficial—, mas era pesimista.»

Hasta el mes de abril de 1900, no fueron votados los presupuestos de 1899-1900. El Gobierno Silvela tuvo que incluir modificaciones en su anteproyecto, pero sustantivamente no se incorporaron las economías y reformas pedidas por las Cámaras de Comercio, la Liga de Productores y las minorías de la oposición.

Las Cámaras de Comercio celebraron su segundo gran comicio o Asamblea Nacional en Valladolid, convocada por la Junta Ejecutiva de las Cámaras de Comercio, a partir del 14 de enero de 1900, de donde salió hecha la Unión Nacional.

El programa de acción política que condensaba los de Zaragoza iba a ser el de Alba en su vida política. Las reformas urgentes e ineludibles eran muchas. Pero para no cansarles, las reduzco sólo al acuerdo sobre enseñanza, donde se remachaba que había que:

— «Reorganizar la enseñanza, acometiendo la obra de la educación integral obligatoria y gratuita, retribuyendo debidamente al profesorado.»

Tal enunciado básico fue desarrollado por la Junta de la Unión Nacional de Logroño, cuya acta podemos leer impresa sin fecha, por F. Martínez (Archivo Alba).

En la previa Asamblea de Valladolid, Paraíso y Alba fueron nombrados, por decisión unánime, presidente y secretario de la Unión Nacional. También quedó decidido invitar a Joaquín Costa y a la Liga de Productores para que ingresaran, con justa preeminencia, en la Unión..., y el 2 de marzo de 1900, el *Norte de Castilla* escribe exultante: «El acto más importantísimo realizado por las fuerzas productoras del país fue, sin duda, el realizado hoy en el círculo mercantil de la Corte». A las cinco de la tarde se reunieron en la sala de juntas de dicha sociedad los señores Paraíso, Costa, Muniesa, Bermejo Amusco, Núñez, Alba, Marqués de Palomares y Rubio, representantes de los dos organismos Unión Nacional y Liga de Productores. El entusiasmo y buen deseo que a todos animaba revelábase bien claramente en los rostros.

Antes de treinta minutos, prosigue el *Norte de Castilla*, la fusión de ambos organismos se había realizado de un modo eficaz y sin reservas de ninguna especie. En seguida se procedió a redactar el acta de la fusión que fue firmada por todos los concurrentes al acto. En el documento se consigna que quedan solamente refundidos en uno

solo los dos organismos citados. El resultante de esta fusión seguiría llamándose UNION NACIONAL. Su programa lo formaron las conclusiones que se votaran en las dos Asambleas zaragozanas.

Era la culminación de la Unión Nacional. El organismo implicado duró sólo meses. «La fusión se hizo —escribe *Tuñón de Lara*—, pero los elementos disgregadores son más fuertes que nunca a partir de la Asamblea de Valladolid. Hay una contradicción latente Costa-Paraíso, que se resuelve prácticamente a favor de éste, pues Costa no controla, en realidad, la nueva entidad... El canto de cisne de esa sacudida de la conciencia burguesa bien pudiera haber sido aquel escrito de Paraíso, Alba y Costa, presentado a las Cortes de marzo de 1900 (firmado por 350 entidades, la mayoría de naturaleza económica o profesional), donde se reprocha al Poder su insensibilidad ante el ascenso de la burguesía sin compromiso».

Efectivamente, la Unión Nacional preparó un documento que debía entregarse al presidente del Congreso de los Diputados, don Alejandro Pidal. A él, y no a Silvela, por lo que se refleja en esta carta de Joaquín Costa del 18 de marzo de 1900, que muestra un Costa más optimista que antes y después:

Querido Alba... Me dijo ayer Paraíso que iba a escribir a usted para que viniera a Madrid. Por si acaso le alcanza ésta todavía en Valladolid, le envío la adjunta prueba. Salvo alguna corrección que acabo de hacer, ese es mi proyecto de comunicación. Como la gente se cansa de vernos pedir, amenazar y anunciar que si los políticos no hacen, que si los partidos no acontecen, haremos y acontecere-mos nosotros, y dar muestras y señales nada más que de lengua, me ha parecido que debíamos dar ya una nota nueva, que sirva de transición entre nuestro paso y la conducta de hoy en adelante, y sostenga la esperanza de los que empiezan a dudar o a cansarse de nosotros, a saber, nada ya con el Gobierno, habiéndonos despedido de él definitivamente por inabordable e impenitente; la queja sólo ya al Tribunal que ha fallado nuestra apelación confirmando la sentencia del anterior, y apartada la confianza de esos dos poderes, quedaremos en libertad y pensaremos lo que nos cumple hacer...

He enviado otro ejemplar a Paraíso para ver si estamos conformes y hacer la tirada mañana temprano... Muy suyo afectísimo y colega. Joaquín Costa.

Citamos a García Venero: La protesta contra los presupuestos era ya estéril, estaban aprobados de hecho. La Unión Nacional de-

liberó sobre el camino a seguir. Costa sugirió que debía intentarse ganar el ánimo del Poder moderador, mantener la agitación y la protesta, educar políticamente al país en el programa de la Unión, dar a éste una forma «gacetable» para que «no sorprendan a la Unión los sucesos, como sorprenden casi siempre a los partidos, que no pueden luego sino improvisar...».

Paraíso y Alba declararon que era preciso adoptar actitudes más enérgicas, como habían hecho los catalanes con el célebre «tanca ment de caixes» de 1899. Las discusiones fueron lentas y apasionadas. Duraron desde el 1 al 25 de abril de 1900. Finalmente, los miembros del Directorio firmaron un acuerdo de acción, con ciertas reservas por parte de Palomares y Costa.

El acuerdo de resistencia fue suscrito por todos los miembros del Directorio en la reunión plenaria que se celebró el 25 de abril. «Los abajo firmantes, individuos del Directorio de la Unión Nacional, acuerdan poner en ejecución la resistencia al pago de los tributos en el actual trimestre, mediante un documento excitando a ella a los contribuyentes españoles, que llevará las firmas de todos —Madrid, 25 de abril de 1900—. B. Paraíso, Joaquín Costa, C. Carbonell, Francisco Sánchez Arjona, Celestino Rico, M. Muniesa, José Manuel Mora Alday, Francisco Núñez, Guillermo Bermejo, Santiago Alba, Ramón de Castro, J. Javier Gutiérrez, el Marqués de Palomares del Duero, G. Rubio, José Amusco». La réplica de Silvela fue anunciar el procesamiento del Directorio.

El Gobierno Silvela se resquebrajaba pese a la confirmación de confianza regia; pero también le sucedió lo mismo a la Unión Nacional. El 26 de mayo, en un momento crítico, Costa y Palomares del Duero dimitieron sus cargos en el Directorio. La salida de Joaquín Costa precipitó la decadencia de la Unión Nacional.

Sobre este doloroso punto, he encontrado en el Archivo Alba, juntamente con la comunicación oficial, una curiosa misiva personal de Costa, de la misma fecha, de cierto interés humano:

Madrid, 26 de mayo de 1900.

Sr. D. Santiago Alba.

Mi querido amigo:

Al reanudar la excursión que interrumpí para acudir al llamamiento de Vd., he necesitado acopiar en la Biblioteca datos para un deshaucio que tengo que entablar pasado mañana, y para llenar blancos de citas en el trabajo que estoy acabando. Antes de ir a la

Biblioteca de la Academia he pasado por la peluquería, a fin de quedar libre de ese cuidado. Por eso no me encontró Vd. Al llegar yo, acababa Vd. de irse: he mandado al ordenanza Agustín a esta su casa, para ver si todavía estaba Vd. en ella y ya se había marchado. A las nueve y media he bajado a emitir mi voto para la presidencia de la Academia, y me he venido a casa. Vd. acababa de marcharse, después de haberme aguardado. Siento no haber podido ir a despedirme; y le pido excusas por ese tiempo que involuntariamente le he hecho perder.

Le remito la adjunta comunicación para que se sirva dar cuenta de ella al Sr. Presidente, etcétera...

Realmente, no se sabe qué admirar más si la habilidad de Costa para no dejarse ver, para excusar no haber podido ser hallado, o la agilidad y perseverancia del joven Alba, en busca de su admirado compañero para intentar, seguramente, convencerle una vez más que no se fuera. La comunicación oficial decía:

*La Unión Nacional
Directorio
Madrid*

Tenemos el honor de poner en conocimiento de Vds. que desde anoche hemos dejado de formar parte del Directorio de la Unión Nacional, obligados principalmente por convicciones muy hondas y compromisos públicos muy firmes sobre lo más vital del problema español que harían de nosotros un estorbo más, sumado a los no leves que ya sin eso entorpecen y en gran parte anulan la acción de tan trascendental organismo.

Para la prensa y para los tribunales, seguiremos formando en el Directorio todo el tiempo que dure (sean días o meses) el período agudo del conflicto pendiente con el Gobierno; y excusamos decir que el día en que ese conflicto estalle, nos encontrará en nuestro puesto, tan resueltos como el que más dentro del Directorio.

Hacemos presente el testimonio de nuestro respeto y de nuestro cariño a los compañeros; les rendimos el homenaje de nuestra admiración y un aplauso cordial, por el gran ejemplo de civismo que están dando al país; y seguros de que hemos de encontrarnos otra vez, nos despedimos de ellos hasta luego...

Pero el *hasta luego* no cuajó. En el archivo existe algún escrito de su hermano Tomás que marcan sólo las etapas de la ruptura

con la Unión Nacional. De Alba citaré una carta del 22 de agosto de 1899, en la que muestra los esfuerzos del joven Alba por evitar lo inevitable, pero que prueba sus imposibles esperanzas y su reverencia hacia Joaquín Costa.

Valladolid, agosto 24-1899.

Sr. D. Joaquín Costa.

Mi querido amigo: No por vía de súplica, sino para concluir, permítame Vd. que le envíe estos renglones, en las dos horas que me quedan antes de salir para Zaragoza. Tengo no la pretensión de disentir con Vd., sino la más alta y audaz de convencerle en bien de la obra que todos perseguimos. Con un poco de buena voluntad y, sobre todo, de desapasionamiento, acaso... (continúan cuatro pliegos a doble página)...

... Espero que estará Vd. conforme conmigo, ya que no para juzgar el pasado, para acometer el porvenir. Creyéndolo así, le abraza más cariñosamente que nunca su no por franco menos verdadero y apasionado amigo,

S. A.

Pero nos vamos ya acercando a los límites que hemos fijado a esta lectura. Las labores «herculeanas» de agitación popular realizadas por nuestros tres personajes, Costa, Paraíso y Alba, para catalizar a la desvaída opinión pública nacional, no fueron vanos. Pensadores, escritores, poetas, habían reaccionado, cada cual en su peculiar estilo, estimulados por la derrota y su genio personal y colectivo.

«Sólo nos unió el tiempo y el lugar —escribió *Unamuno*— y acaso un común dolor: la angustia de «no respirar» en aquella España. El que partiéramos casi al mismo tiempo no quiere decir juntos...». ¡Siempre el eterno genial subjetivismo hispano!

Cayó Silvela. A las elecciones de mayo de 1901, subsiguientes a la ruptura de Costa con la Unión Nacional, nuestros personajes de esta tarde se presentaron separados a esas elecciones generales. Joaquín Costa, como republicano, triunfó en Madrid, Paraíso en Zaragoza, Alba en Valladolid y Liaño en otro distrito, estos tres en la lista de la Unión Nacional. Y como tal, presentaron luego un voto particular a los presupuestos, con los «cien millones de ahorro» en gastos rutinarios, inspirados en el programa de la Unión Nacional, que se disolvió en 1904 con el agotamiento legal de aquellas Cortes, al retirarse Paraíso a la vida privada. Costa, contra el consejo de

Giner, no fue nunca por el Congreso, no tomó siquiera posesión. Alba cada vez que, posteriormente, fue llamado a Palacio, y en documentos públicos, aconsejó siempre soluciones parlamentarias. Quería «Parlamentos largos», en contraste con algún otro personaje y otras facciones de la gran familia liberal, duchos en provocar y aprovechar las disoluciones de Cortes.

El paso en los presupuestos del Estado del período de liquidación colonial y nivelación al de «Reconstitución nacional», lo iba a intentar el propio Santiago Alba, como ya hemos apuntado, al alcanzar en 1916 la rectoría de la Hacienda nacional, con sus 20 proyectos de Ley, tan famosos como debatidos, que abarcaban desde la autorización del cultivo del tabaco, la protección a la industria nacional, hasta la Reforma Agraria. Muy poco de lo propuesto saldría. Se opondrían las mismas fuerzas de la llamada «Oligarquía dominante».

En el orden de la Educación, el entendimiento entre el Partido Liberal y la Institución Libre de Enseñanza, concretamente entre don Francisco Giner de los Ríos y don Segismundo Moret, fue más fructífero: creación del Ministerio de Instrucción Pública (1901), Escuela de Criminología (1903), Junta para Ampliación de Estudios (1907) y luego, al recuperar los liberales el Poder en noviembre de 1909, inicialmente con don Segismundo Moret, e inmediatamente como primer ministro el gran Canalejas, todos el año 1910, la Residencia de Estudiantes, el Centro de Estudios Históricos y el Museo de Ciencias Naturales. Alba tuvo que esperar la coyuntura del Gobierno Nacional de 1918 para sacar adelante el Instituto Escuela, como ensayo de esa reforma de las primeras y segunda enseñanzas, que hemos visto ya en el índice de las asambleas regeneracionistas, de que fueron animadores Costa, Paraíso y el propio Alba.

El propio Venero ha dejado escrito: «Gambón, que tantas confianzas recibió de su paisano, dice que malograda la Unión Nacional, Costa no quiso atender «elevadas indicaciones». Lo que él se calló por razones «que no son del caso mentar», lo dijo explícitamente Silvio Kossti. Y es que la Reina Regente, aconsejada por el Cardenal Cascajares, le ofreció el poder, pero en colaboración con Gamazo.

No he podido localizar el texto de la conferencia de Kossti. Pero sí he encontrado una carta al Cardenal Cascajares, maravilla de literatura regeneracionista y de la admirable caligrafía de Santiago Alba, desaconsejando el nombre de Sagasta como sucesor de Silvela. Y añade Alba: «El hombre para este gran movimiento de reconstitu-

ción, sobre todo precisa de una voluntad firme y una resistencia de acero, de una fe de iluminado y de una austeridad de monje».

Y aquí concluyo: voluntad firme, resistencia de acero, fe de iluminado, austeridad de monje —todas estas cuatro cívicas virtudes las reunía Joaquín Costa—. Por eso, este modesto español de hoy, casi diré de ayer, se asocia con estos pobres renglones a este homenaje al admirable Joaquín Costa, el singular hombre de Graus, adalid indudable del regeneracionismo ochocentista.

